AQUEL AMOR

Ante ti, Señor

No soy nada sin ti, Señor. Aquí tienes una muestra de lo que siento en mi dura enfermedad.
Te doy las gracias por todo y los que sufren.

Con afecto, Felipe Santos, SDB

Pamplona-12 de octubre de 2008

Ante ti, Señor, pongo mi oración.

El día amanece y me pongo de rodillas ante tanta belleza y perfección. El soplo se corta, el corazón late, la alegría me invade. Te digo gracias, Dios mío, por todo lo que me has

ofrecido. Mis palabras son impotentes para mostrarte mi gratitud. Este paisaje encantador que ha surgido esta mañana detrás de la puerta, me llena de tu dulzura. Gracias.

Las magnolias en flor

Lluvia. Una lluvia de luz cae durante el día. Y lava todo el polvo de la tristeza. La vida brilla claro, los árboles están en flor. En el jardín botánico, frente al hospital, las magnolias suntuosas muestran sus pétalos rosas y carnosos.
El año pasado... Era una tarde de abril. Otra quimio. Otras esperanzas. Otros dolores. Otras impotencias. Una blusa blanca, bordados y encajes. Un largo refajo blanco, ensanchado, vaporoso. Pantalones blancos baja la falda. Una amplia camisa blanca con cuello amplias mangas. Blanca era mi piel. Sus brazaletes de plata tocaban en el silencio. El agua verde de sus ojos era calma. Blanca eran la habitación, las sábanas, las blusas de las enfermeras... Esperaba adosada en

las almohadas. Esperaba que el líquido pase a su cuerpo. Habíamos rezado antes. No había nada que decir. Nada más que esperar. A través de la gran baya, se veían los árboles del jardín botánico. Todo un mundo maravilloso que recordaba al niño.

Justo, ahí, del otro lado de la calle. Cogí su mano de niña y salimos. Hemos corrido, reído, intentado una princesa, lacayos, caballos, palacios. A los 6 años el mundo está lleno de hadas. Había sol, dulzura, flores por todas partes. La arena de las avenidas crujía con las sandalias. El aire susurraba, perfumaba. La vida palpitaba, ligera e inquieta un instante suspendido en el tiempo. Luego hubo que entrar. Hemos atravesado la calle. En el otro sentido. Hemos vuelto al gran edificio blanco donde esperaba su mamá. Cuando entramos en la habitación ella se animó. ¡Oh qué sonrisa! ¡Qué amor! Entonces volcamos en la cama nuestra cosecha de pétalos. Pétalos de magnolia, espesos y carnosos, rosas y blanco. Pétalos de magnolia por todas partes, en las manos, en las piernas, en las

sábanas, en el suelo. Un desorden alegre y suave. Y la sonrisa de Debbie que gustaba la irrupción repentina de la primavera en la habitación del hospital.
Me pareced que nunca las magnolias en flor llevarán tu nombre. Debbie.

Ante ti, Señor, pongo mi oración. Coloco a tus pies mi tristeza, las horas blancas por las que ando sin encontrar sentido, las horas negras en las que sólo veo las sombra de mí misma, las horas grises llenas de lágrimas contenidas, las horas rojas de la cólera que a veces me subleva, las

horas pesadas, Señor, las pongo a tus pies.
Sola no puedo llevarlas. Sola no puedo atravesar. Necesito de ti, Señor. Que tú me lleves, me ilumines, me consueles.

Necesito de ti, Padre mío, para endulzarme con tu presencias los días de mi tristeza, los días de su ausencia. Pongo a tus pies mis esperanzas, Señor. Te las entrego. Te las doy, Señor, para que tomen tu sello. Pongo a tus pies mis alegrías de este día, Señor. Te las devuelvo, te las ofrezco y te doy gracias, Padre mío.

Delante de ti, Señor, pongo mi oración. Tengo el corazón desordenado hoy, Señor. Nada me va como querría. Y sin embargo sé que no es porquen lo quiera que está bien. Sé que tú sabes mejor que yo lo que es bueno para mí. Sé que debo aprender, una vez más a no querer controlar todo absolutamente. Sé que

aunque me aporte o dé la vida, tú haces de tal modo que entre las piedras germine el trigo, que nuestros tormentos son portadores de frutos. Sé que todo lo que tengo que hacer es quedarme tranquila, alegre y confiada.

Sé todo eso, Señor y sin embargo es como si no supiera nada.
Oh! Padre mío, te pido perdón por tener tan poca fe y tantas dudas. Te pido perdón por no tener confianza. Te pido perdón por la inquietud que me agita y me hace olvidar que aunque llegue, me animas y me proteges. Y que incluso si tuviera que sufrir y morir no sería grave pues me esperas al fin de mi camino. Te pido perdón por ser tan débil y fallar a menudo.
Oh ! Dios mío, consolídame, Ayúdame a guardar la Esperanza. Pon en mi boca las palabras que consuelan. Pon en mis actos tu amor sin condición para que pueda ofrecerlo a los que lo necesitan. Ayúdame a permanecer digna de ser tu hija. Ayúdame a mantenerme lejos de la sombra. Permite que sea sólo amor, que sepa recibir con gratitud lo que me des y que as mi vez, yo dé sin esperar nada

a cambio. Ayúdame a fijar mis ojos en ti en todo momento.
Señor, ante ti pongo mis tormentos.
Que se haga tu voluntad.

Ante ti, Señor, rezo mi oración.
Se abre el día y vuelvo mi ser hacia ti. En la penumbra de la habitación, salgo del sueño y te saludo. Gracias, Dios mío, por esta noche apacible. Gracias por este día que avanza. Gracias por la vida que me concedes, por la amistad y el amor. Gracias por tu presencia fiel.
Canto de alabanza a tu nombre, canto de amor y de gracia. En la dulzura de este tú a tú entre nosotros solos, pongo mis palabras en el corazón de tu escucha. Deseo de paz, sabiduría, voto de humildad, te ofrezco, Señor, lo que mi corazón tiene de más querido.
Y tu paz me envuelve como un suave manto. Y tu alegría ilumina las horas. Quiero bailar, mi corazón canta y se dilata. Oh, mi amado es tan dulce dejarme vivir por ti. Tan dulce...
Querría decirles: mirad mi alegría y mi

vida. Decid sí, como yo, verás, serás tan feliz. Quisiera cogerlos de la mano, decirles:

El os ama, no dudéis, dejaros moldear, no tengáis miedo. Dad, amad, recibiréis con contar.
Quisiera, pero no me atrevo.
Perdóname. Avanzo lentamente.
Y te acomodas a mi paso, Dios mío.

Delante de ti, Señor, pongo mi oración.
Esta mañana mi corazón está más tranquilo. Has recibido mi tristeza, me has escuchado. Y me has consolado.
Te doy las gracias por lo que haces con nuestras vida. Sabes mejor que yo lo que necesito y cuándo. Todo lo que debo hacer, es tener confianza. Y dejarte hacer.
En esta mañana fría y gris mi corazón

canta tu alabanza, Señor. Mi padre muy amado, padre fiel y amado. Oh Dios mío de amor!

Delante de ti, deposito mi oración.
A tus pies ensangrentado pongo mis balbuceos, mis errores, mis pies en falso. Me arrodillo ante ti y lloro.
Quisiera con mi lágrimas lavar tu sangre, refrescar la quemadura de tus llagas. Pero mis lágrimas no son nada, nada más que una gota que apenas aflora el océano de tu pena.
Imploro tu perdón. Me lo concedes. Me lo quitas. Tropiezo de nuevo. Mis lágrimas no son nada. Necesitaría hasta el término de mi vida para implorarte sin fin. Me arrodillo en tierra, mi frente contra las piedras. No es bastante bajo para decir tu grandeza y mi pequeñez.
Te pido perdón.

Delante de ti, Señor, pongo mi oración.
Hoy quiero acordarme del niño que fuiste, pequeño ser humano en medio de nosotros. Quiero acordarme que tomaste nuestra carne, que dijiste sí y aceptaste compartir nuestra suerte, aceptaste sufrir lo peor de nuestra condición humana. Y quiero acordarme por qué lo hiciste: has venido entre nosotros para traernos amor.
Mi corazón se dilate, Señor, mis ojos lloran: ¿Cómo es posible?¿cómo lo has hecho por el ser humano, sufrir tanto y perdonar? ¿Cómo has hecho para amar hasta tal punto? Te amo, Señor.

Delante de ti deposito mi oración.

Me hago pequeña y humilde, de rodillas a tus pies, la frente en el polvo y así te digo mi amor.

Me hago pequeña, muy pequeña cosa en el cuenco de tu mano Señor y me alienta tu soplo.

Gracias por haber tomado carne en medio de nosotros. Perdón por no ser digno.

Jesús, mi amado, mi luz, mi calor, mi sentido, mi camino, ¿podría jamás amarte como tú nos has amado? ¿Podría amarte tanto como tú me amas?